

Un picnic sin hormigas

MANUEL MOLINA DEL 1 DE ABRIL AL 3 DE JUNIO DE 2017	T O D A S	L A S			
	I D E A S	C O N			
	L A S	Q U E	M E		
	H E	A C O S T A D O			
INAUGURACIÓN: SÁBADO 1 DE ABRIL A LAS 16 HORAS CURADURÍA EN COLABORACIÓN CON CUAUHTÉMOC MEDINA					
Móvil	<small>Móvil Iguazú en (línea A) Centro Buenos Aires Argentina</small>	<small>Súper Línea H Estación Parque Patricios Colección: 81, 81, 81, 75, 91, 118, 123, 150, 188</small>	<small>Viernes y sábados de 11 a 19 horas Otras horarios con cita previa. www.molinar.com.ar #molinatecontemporaneo</small>		
					

Lo que fue arte puede llegar a ser *kitsch*. Tal vez, esta historia de decadencia, una historia de corrección del arte, sea el verdadero progreso del arte.

Theodor Adorno, *Teoría Estética* (1969)

Antes que una temática, estilo, medio o signo, el elemento característico del trabajo de Manuel Molina (Córdoba Argentina, 1988) es haber identificado como principio poético una cierta lógica: permitir que las categorías, límites, bordes y prohibiciones que constituyeron algunos de los capítulos claves de la teoría estética aparezcan como referentes, disparadores y arquitectura invisible de una variedad de derivas apropiacionistas, *queer* y formidablemente excéntricas, que ponen simultáneamente de cabeza la seriedad restrictiva del modernismo y la arbitrariedad del signo de la cultura contemporánea. Navaja afilada en ambas direcciones, la trama de las *Investigaciones adornianas* de Molina traza un derrotero que tiene mucho de laberintico y obsesivo.

En este híbrido de máquina lírica y proyecto doctoral, que contrabandea por igual de los modelos conceptuales al gesto de gusto y del lirismo hacia una especie de estructuralismo irónico, las investigaciones de Molina dependen de un centro imaginario: el referente inalcanzable de la *Teoría estética* (1969) de Theodor Adorno, quizá el momento de reflexión más audaz de la aventura de una sensibilidad autocrítica. Sin embargo, la aproximación de Molina a Adorno no es materia de sucesión o cita. Es más bien un delirio apasionado, que evita las batallas textuales, para emular la sistematicidad en lugar de reiterar descubrimientos que, por otra parte, aparecen en gran medida como ejemplos de lo obsoleto. Lo que perdura es la persuasión de la constante dialéctica de las posibilidades alusivas de los artefactos y las formas de la sensibilidad, y la convicción de que las formas artísticas más elaboradas están en una relación internalizada con respecto de la historia, y la sensibilidad con respecto de los conflictos sociales. La pluralidad de estas *Investigaciones* se valida en la forma en que Molina las hace aparecer como episodios independientes: subproyectos que encuentran su orden imaginario o potencial en el pizarrón de un mapa conceptual, donde cada episodio cubre un campo categorial determinado. Actos, obras, protocolos y gestos que pudieran ser producto de tramas artísticas muy diferentes, encuentran su sitio en una especie de Tabla de elementos estéticos y reflexivos: el cruce entre mimetismo y desviación, referenciamiento intelectual y exaltación queer, historia del arte y celebración de la condición escolar de la nueva cultura. En ese sentido, las *Investigaciones* emulan la puesta al día de un esfuerzo de síntesis, lo que sugiere que si bien los términos de la dialéctica entre arte, cultura, economía e historia han cambiado, no así la persistencia de una trabazón compleja entre la producción material e inmaterial, en un campo cultural cuya sofisticación, descentramiento y erudición no lo priva de ejemplificar una curiosa mezcla de ingenuidad y desencantamiento.

No hay duda que es demasiado tarde para Arcadia. Sin embargo, nuestras conversaciones y disputas estéticas siguen ocurriendo en el marco de un cierto pastoralismo que desearía consumir originalidad, inteligencia y experiencia directa, vicio que se refuerza ante la tentación que promueve la idea de encontrar artistas en la periferia. La contribución de Molina a la producción de *Móvil* es el escenario de un “almuerzo” en que ya no queda rastro de hierba. Es una instalación hecha al modo de un campamento que ha refugiado la aventura en el sueño de exponer la cultura global en el asfalto de una u otra suburbia. El mismo título de Manuel Molina, *Todas las ideas con las que me he acostado*, enmarca sus obras en una temporalidad eminentemente epigonal: exhibir la promiscuidad teórica aparece como una forma de expiación, la marca de un arte que aspira a emerger en medio del paisaje más bien

desolador de un consumo continuamente estetizado, y de una práctica artística reducida a mero consumo de la reflexión de lo estético.

En este desierto hay sin embargo un motivo de esperanza. Concedamos que los orgasmos de nuestra iluminación intelectual pueden ser fundamentalmente teóricos, en el doble sentido que permite la frase. Pero la infección y embarazo que la máquina revisionista de Molina es un realineamiento del deseo gobernado por el lujo de una constante productividad/reproductividad. Es el recuento de una orgía perpetua de las ideas: Adorno se une a la bacanal.

[Texto curatorial de Cuauhtémoc Medina para *Todas las ideas con las que me he acostado*, Móvil, CABA, abril 2017]